

Apuntes para una espiritualidad del Educador Cristiano

Antonio Pérez Esclarín

Los educadores cristianos asumimos la educación como una propuesta evangelizadora-liberadora para que los alumnos puedan desarrollar todas sus potencialidades y realizar a plenitud sumisión en la vida. Esto implica el cultivo de su espiritualidad, de modo que el alumno pueda abrirse a la vivencia de una fe que se expresa en el servicio solidario de los más débiles y pequeños, y en el empeño tenaz por colaborar en la construcción del Reino de Dios en la tierra.

Asumimos que la espiritualidad tiene que ver con la manera de ser cristiano hoy, en tiempos de globalización y también de brutal exclusión, donde el individualismo más feroz y la codicia se presentan como virtudes fundamentales, y donde el seguir proponiendo la solidaridad, el servicio, la justicia, el amor eficaz, la opción por los perdedores..., aparece cuando menos como algo anacrónico, *demodé*, completamente trasnochado. Si la espiritualidad consiste en seguir a Jesús y es un caminar según el Espíritu, no podemos dejar de contextualizar ese seguimiento, ese caminar, en un mundo (Pérez Gómez 1998) de absoluto relativismo cultural y moral, donde se impone cada vez con más fuerza la ética del todo vale, la tolerancia superficial entendida como ausencia de compromiso y orientación, la competencia salvaje, el individualismo egocéntrico junto al conformismo social, el reinado de las apariencias, de las modas, del tener sobre el ser, la exaltación de lo efímero y cambiante, la obsesión por el consumo, consecuencias lógicas de una forma de concebir las relaciones económicas, que condicionan la vida de los seres humanos, reguladas exclusivamente por las leyes del mercado. El mundo se ha convertido en un gran supermercado que nos ofrece

saciar todos los caprichos que el mismo mercado nos recrea permanentemente. Por eso, abunda también la religión a la carta, de acuerdo al consumidor. En el bazar de las creencias, todo vale por igual : horóscopos, tarot, astrología, sectas, gurús, pentecostalismo, libros de autoayuda, sectas. En palabras del jesuita centroamericano Benjamín González Buelta, “cuando la Iglesia Latinoamericana ha comenzado a mirar hacia abajo, el imperio nos está invadiendo de sectas que nos invitan a mirar hacia arriba”.

Tenemos así la proliferación de una religiosidad hecha a nuestra medida, muy cómoda, sin exigencias ni prójimo, con el único DIOS MERCADO, que nos ofrece una felicidad reducida a los meros niveles del consumo y rebaja los sueños a conseguir objetos de marca que nos distingan y nos siembren la ilusión de que somos superiores y mejores. La esperanza anda desrumbada y agónica. Nieva mucho y fuerte en los corazones que buscan calor llenándose de cosas.

Seguir a Jesús hoy

Los cristianos debemos comenzar por preguntarnos qué significa seguir a Jesús hoy, a comienzos del siglo XXI, no vaya a ser que nos suceda como a los discípulos de Emaús (Lucas 24, 13 y ss) que no lo reconocieron a pesar de que caminaba a su lado. Ellos buscaban al Jesús muerto, al Jesús de sus ideas y recuerdos, no al Jesús vivo, al resucitado. Tal vez también nosotros no estemos reconociendo a Jesús porque seguimos empeñados en buscar a un Jesús que ya no existe, el Jesús de nuestra infancia, el Jesús de ayer, el que nos propone una religión acomodaticia y poco exigente.

De ahí la necesidad de leer la realidad de los tiempos que vivimos, en lo que se ha venido a llamar “crisis de civilización”, a la luz del evangelio, para que seamos capaces de leerla con el corazón de Dios y seamos fieles y eficaces en el seguimiento al Jesús vivo, que continúa caminando a nuestro lado.

Para los cristianos, Jesús nos hizo una doble e importantísima revelación: en primer lugar, nos reveló cómo es Dios, pues los hombres se habían hecho una imagen falsa de Él y lo estaban presentando como un Ser lejano e inaccesible, como un Tirano, como Dios de la violencia y de la guerra... Había sucedido lo que tan acertadamente expresara Feuerbach: Según la Biblia, Dios creó a los hombres a su imagen y semejanza; y los hombres le pagaron con la misma moneda: se

hicieron un Dios como eran ellos: pequeño, mezquino, vengador... Jesús acabó con tanta confusión y nos reveló a Dios como Padre, un Dios-Amor, un Dios Solidario que se conmueve ante el clamor del desvalido, del huérfano, de la viuda, del pobre, y en la locura de su pasión por los más necesitados, nos envía a su Hijo para que nos enseñe el camino de la filiación y de la vida plena. Por eso, en segundo lugar, Jesús nos reveló también lo que significa ser hombre. Cuando nos invita a seguirle, no nos ofrece una vida insípida e incolora, sino que nos está proponiendo el camino hacia la plenitud, a la auténtica realización como personas. Jesús es la respuesta a todas las preguntas esenciales, esas preguntas que nos enfrentan al misterio de la existencia y de la vida que hoy evade la humanidad, porque si se las planteara con responsabilidad y se atreviera a responderlas con sinceridad, tendría necesariamente que cambiar de rumbo.

Jesús es camino para ir al Padre, para reconocer al otro como hermano y para, al vivir las exigencias de la filiación común, fundamento de la fraternidad, encontrar la plenitud. Es, por ello, *camino y meta* al mismo tiempo. El Padre común nos convoca a vivir la solidaridad efectiva, que haga posible la fraternidad. De ahí que frente a todo intento de dualismo que ha entendido la espiritualidad como oposición a carnalidad, o como huida del mundo, vivir espiritualmente o según el Espíritu, debe significar la manera en que los seres humanos se trascienden a sí mismos hasta alcanzar las posibilidades últimas de la existencia. Como tal, la espiritualidad implica a la vez el conocimiento del significado más profundo de la existencia humana y el compromiso de hacerlo realidad. Si realmente creemos que Dios es Amor y que todos somos amados incondicionalmente por Él, debemos convencernos de que nacimos para la felicidad. Dios quiere para todos y cada uno de nosotros vida, vida en abundancia. Como Padre infinitamente bueno quiere que todos disfrutemos de condiciones de vida dignas y vivamos felices. Todos decimos que queremos ser felices pero no buscamos la felicidad. La confundimos con su mero reflejo y la buscamos en las cosas materiales. Creemos que la felicidad consiste en conseguir el objeto de nuestro apego y no queremos entender que la felicidad está precisamente en la ausencia de los apegos, y en que ninguna cosa se adueñe de nuestro corazón. Como ha escrito magistralmente Frei Betto, “todo ser humano es un peregrino de lo Absoluto. Exceptuando a Dios, nada nos sacia. Y como Dios habita en la profundidad del Amor, tanteamos en busca de ilusorios consuelos, incurriendo en la ambición que nos hace confundir las cosas”.

Ahora bien, si realmente creemos que Dios es Amor, creemos que todos somos incondicionalmente amados por El y creemos que estamos llamados a amar a Dios, a amarnos nosotros y amar a los demás, debemos transformar el amor *en servicio, en solidaridad*, nuevo nombre de la caridad. El amor es esencialmente acción. Es la fuerza dinámica del servicio práctico. El que ama de verdad, no sólo está dispuesto a darlo todo, sino que está dispuesto a *darse*. Amar al prójimo como a mí mismo me exige querer para él la misma educación, vivienda, modo de vida que quiero para mí y para los míos y comprometer mi vida en hacer eso posible. La defensa de los derechos humanos, se convierte en la obligación de hacerlos posibles. En definitiva, el amor es un principio de acción, una entrega comprometida a cambiar y combatir todo lo que impide la vida humana de los demás, especialmente de los hermanos más débiles y pequeños, los pobres, los excluidos, los despreciados, los ancianos y desvalidos, los indígenas, los sin techo y sin escuela, todos aquellos con los que Jesús se identificó y por los que nos juzgará en la hora definitiva: *“Lo que hicieron a uno de esos hermanos más pequeños, me lo hicieron a mí” (Mateo 25,40)*. Seguir a Jesús implica, por consiguiente, un compromiso con el pobre, con el excluido, con el necesitado, con el débil, con todos aquellos a los que se les niega la vida, en los que Dios se oculta y al mismo tiempo se revela. Traduciendo todo esto al campo educativo, seguir a Jesús es optar por el alumno más necesitado, más débil, más problemático, viendo en él al propio Jesús. El amor se transforma en servicio, en solidaridad, como expresión de la genuina libertad cristiana y como camino para vivir la plenitud humana y alcanzar la felicidad. Dicho con los versos de R. Tagore :

Yo dormía
y soñaba
que la vida era alegría.
Desperté
y vi que la vida era servicio
Serví
y vi que el servicio era la alegría.

El seguimiento supone un encuentro previo con Jesús y una conversión

Para seguir a alguien, es preciso haberse encontrado primero con él. El encuentro con Jesús, un encuentro buscado por Él, es el fundamento de toda espiritualidad cristiana. *“No me han elegido ustedes a mí, sino que yo los he elegido y los he puesto para que vengan y den fruto” (Juan 15, 16)*. El ser sujetos de la predilección de Dios, sujetos de su elección, el captar la gratuidad de su amor especial, el sabernos elegidos como educadores para continuar sumisión recreadora y humanizadora del mundo, debe llenarnos de agradecimiento, alegría y estímulo para tratar de vivir las exigencias de esa predilección especial. Por mucho que uno dé, nunca podrá devolver ni siquiera una mínima parte de lo mucho que hemos recibido. Porque se nos ha dado mucho, debemos mucho a los demás, pues Dios nos eligió para hacerse presente por nuestro medio en ellos. Todos somos hijos de Dios, pero somos pocos los que lo sabemos y lo experimentamos, y por eso tenemos el deber de enseñarlo con nuestra vida a los demás.

El encuentro con Jesús, el ser encontrado y elegido por Él, la invitación a seguirle, implica caminar a su lado, no tanto hablar o reflexionar sobre el camino. Una profesión de fe sin seguimiento sirve de muy poco. Seguir a Jesús es (Peresson 1999) “proseguir su obra hasta conseguir el Reino”, lo que exige, sobre todo, ser solidario: “Jesús fue un hombre solidario y todo su mensaje y acción viene a ser anuncio y realización de una solidaridad sin fronteras”. La práctica inclusiva de Jesús no permite que sus seguidores tengan prácticas excluyentes por razones de género, raza, cualidades, condición social...

Jesús (Peresson 1999) “invirtió completamente las estructuras de la sociedad: en lugar de acumulación de riquezas injustas, planteó el compartir en solidaridad; en lugar del poder absoluto y aplastante, propuso el servicio; en vez del prestigio excluyente, reconoce y valora en cada persona su dignidad de hijo hija de Dios, y la igualdad fraternal; y sustituyó el peso aplastante de los preceptos y leyes humanas por el primado del mandamiento nuevo del amor que nos hace libres”. Por ello, el seguimiento de Jesús exige una profunda *conversión*, una ruptura con el modo en que el mundo ve la realidad y entiende la vida, la felicidad, la plenitud de aceptar la locura de que el único modo de ganar la vida es perderla, locura de incluir en el corazón y en el proyecto de vida a los excluidos que son los predilectos de Dios.

Los seguidores de Jesús debemos atrevernos a mirar la realidad con los ojos de los pobres para ver las cosas como son y no aceptar las explicaciones y análisis de los que buscan que todo siga igual y nada cambie. Desde los pobres, como ha escrito Jon Sobrino, “se ve mejor el mundo como es, no se aprisiona su verdad. Pero como esa realidad es pecado y como el pecado busca siempre ocultarse, pasar desapercibido o incluso hacerse pasar por lo contrario, llegar a ver el mundo desde los pobres es también conversión; objetivamente, en contra de las apariencias, y subjetivamente, en contra del propio interés que busca hacer coincidir la realidad con lo deseable para uno. La opción por los pobres es, pues, antes que nada, una opción por la verdad, por ver la realidad de este mundo tal cual es, una conversión epistemológica radical y una apuesta – verificada después – de que desde los pobres se transparenta mejor la verdad del mundo”.

Por todo esto, el seguimiento a Jesús o caminar según el Espíritu, la espiritualidad, no puede ser entendida como una especie de arrobamiento o embeleso, que nos aísla del mundo y de los demás, sino que debe expresarse en frutos de vida (amor, paz, justicia, solidaridad...), y en oposición al pecado, es decir, a toda actitud y conducta que niega e impide la vida (egoísmo, desprecio, explotación, codicia, idolatría...), es especial al pecado *mortal*, que consiste precisamente en aquellas acciones que causan la muerte de los demás o los condenan a formas de vida inhumanas. Renunciar a la carne y vivir según el Espíritu es estar siempre disponible para Dios y para los demás. Ofender a Dios es negar al hermano.

La conversión no se hace de una vez por todas, sino que implica un esfuerzo permanente por ser fieles al Espíritu de Jesús, por seguir caminando a su lado en el servicio a los demás, sobre todo a los más pobres y necesitados. Esto implica aceptar las propias debilidades como propuesta de superación continua, sabiendo que Dios conoce nuestras flaquezas y traiciones y las perdona antes y más profundamente de lo que lo hacemos nosotros mismos. Dios parece hablar el lenguaje de los waraos que, para decir perdón, dicen *olvido*.

Por constatar lo difícil de un caminar a contracorriente, tachado como locura o absurdo por el mundo, y constatar la fragilidad de una conversión siempre amenazada por los halagos de una cultura que cuelga sus baratijas en nuestras flaquezas, necesitamos hoy mucho de la oración. Para vivir y hacer vivir, para amar y hacer amar, para reír y hacer reír, necesitamos espacios de soledad y oración.

Para los cristianos, la cruz no es la última palabra. Es paso, es pascua, a la vida. El Padre resucitó a Jesús y quedaron derrotados la muerte y sus heraldos. El verdugo no triunfó sobre la víctima. Por eso, el cristiano vive su espiritualidad como esperanza, y frente a las antiutopías del presente que niegan el futuro, afirma con pasión el Reino y entrega su vida a hacerlo presente. Seguir a Jesús y aceptar a Dios como Padre es vivir abierto al futuro, aferrado a la esperanza, sin la cual no se concibe el amor. Esperar (Bazarra, 1999) “es ir por el mundo sembrando, arriesgando. Ser hijo es tener siempre una esperanza, algo por lo que luchar, por lo que vivir”. La fe nos obliga a ser utópicos. Jesús nos ordenó que buscáramos el Reino, la fraternidad, y nos dijo que, al buscarlo, de algún modo ya se hacía presente entre nosotros. Los educadores cristianos debemos ser sembradores de esperanza y trabajar con pasión por la transformación profunda del mundo que vivimos. Es urgente, en consecuencia, que recobremos nuestra vocación profética para denunciar los ídolos que causan la muerte (violencia, opresión, avaricia, corrupción, injusticia...) y anunciar con valor al Dios de la Vida.

Seguir a Jesús como educadores cristianos. La parábola del buen samaritano: el excluido se hace prójimo.

Los educadores cristianos tenemos en la parábola del buen samaritano un modelo claro y concreto de la pedagogía de Jesús (Burone, s.f.):

En esto un jurista se levantó y, para ponerlo a prueba, le preguntó:

- Maestro, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?

Jesús le contestó:

- ¿Qué está escrito en la ley? ¿qué es lo que lees?

Replicó el jurista:

- Amarás al Señor tu Dios de todo corazón, con toda el alma, con toda la mente y al prójimo como a ti mismo.

Jesús le respondió:

- Has respondido correctamente: hazlo y vivirás.

Necesitamos encontrarnos con nosotros mismos, y dejarnos encontrar por Dios, para que Él señale los pasos de nuestra vida y nos dé la fortaleza para andarlos.

La oración no puede ser sustituto del caminar, del seguimiento, pero no es posible seguir adecuadamente a Jesús sin oración. Una oración que transforme la vida, que dé fruto, que se traduzca en disposición a cambiar, en fuerza para seguir, en cercanía a los demás. Necesitamos orar mucho para ser fuertes, para comprometernos verdaderamente en vez de hablar tanto y tan bonito del compromiso. La oración proporciona fuerzas para perseverar, para seguir firmes a pesar de los fracasos. Sólo con una vida de oración es posible mantener viva la esperanza, reavivar la utopía, permanecer fieles en la solidaridad. Una oración que no mueva al servicio, que no se traduzca en cercanía con el prójimo, es una oración estéril. En vez de ser una súplica humilde y confiada o un diálogo con el Dios de Jesús para conocer sus pasos y tener la fuerza de seguirlos, es un monólogo narcisista con uno mismo.

Seguir a Jesús implica aceptar la cruz y anunciar la esperanza de su resurrección.

Si hoy sólo se puede ser cristiano en el servicio eficaz a los más pobres y aceptamos que vivimos en un mundo donde impera la muerte pues niega la vida, o una vida digna a las mayorías, seguir fielmente a Jesús pasa necesariamente por aceptar también su cruz. El rechazo de la pobreza desde la solidaridad con los pobres, el optar por los cristos rotos de Latinoamérica, el entender la fe como un compromiso de ayudar a bajar de la cruz al pueblo crucificado, implica estar dispuesto a correr la propia suerte de ese pueblo. Jesús sigue crucificado en los crucificados de nuestra historia. Por eso está en la cruz gritando por la vida y por la resurrección. “Jesús de Nazareth, solo entre el cielo y la tierra, clavado en la cruz de todas las injusticias, de todos los egoísmos y pecados, clavado en la cruz de todos los crucificados de esta tierra, nos entrega su vida para que seamos hombres y mujeres de esperanza. También hoy es posible decir ‘todo está cumplido’ ante el juicio del mundo que sigue clavando a hombres y mujeres en las tantas cruces de cada día, porque a través de nuestras muertes podemos creer en la esperanza, en la utopía, en la vida a pesar de que parece que sigue imperando la muerte. Desde la cruz, Jesús nos grita que sí es posible la vida, que es posible la resurrección. Nos está gritando que su causa, la causa de Dios, no ha muerto y debemos continuarla” (Martínez, 2001).

El jurista, queriéndose justificar, preguntó a Jesús:

- ¿Y quién es mi prójimo?

Jesús le contestó:

- Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó. Tropezó con unos bandoleros que lo desnudaron, lo cubrieron de golpes y se fueron, dejándolo medio muerto. Coincidió que bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verlo, pasó de largo. Lo mismo un levita, llegó al lugar, lo vio y pasó de largo. Un samaritano que iba de camino llegó a donde estaba, lo vio y se compadeció. Le echó aceite y vino en las heridas y se las vendó. Después, montándolo en su cabalgadura, lo condujo a una posada y lo cuidó. Al día siguiente sacó dos denarios, se los dio al posadero y le encargó: Cuida de él, y lo que gastes te lo pagaré a la vuelta. ¿Quién de los tres te parece que se portó como prójimo del que tropezó con los bandoleros?

El jurista contestó:

- El que lo trató con misericordia.

Y Jesús le dijo:

- Ve y haz tú lo mismo. (Lucas 10, 25-37)

Primera lección: Los valores no se recitan, se viven

El jurista sabía perfectamente lo que había que hacer para heredar la vida eterna: amar a Dios y al prójimo. Jesús reconoció que su respuesta era correcta, pero enseguida le añadió que, si quería tener vida, debía practicar lo que sabía. El saber lo que hay que hacer no sirve de nada si no se practica. No se trata de recitar el catecismo, dar excelentes clases de moral o proponer una serie de valores, si no se viven. Por eso, cuando el jurista le pregunta “¿quién es mi prójimo?”, Jesús no le da una lección teórica, sino que le echa un cuento para que descubra quién se hizo prójimo en la acción práctica del servicio solidario. No se trata de enseñar teorías, definir valores, sino de hacerse prójimo.

El educador cristiano, que trata de seguir a Jesús Maestro, debe practicar la pedagogía del testimonio, de modo que sus alumnos lo perciban como una persona que se esfuerza por vivir lo que propone, de modo que puedan encontrar en él un modelo para sus vidas. Jesús siempre vivió lo que decía proclamaba. Su palabra fue siempre acción.

Segunda lección: vio y se compadeció

Hay que ver las heridas de los demás, pero no basta con ver. El levita y el sacerdote vieron al hombre golpeado y herido, pero siguieron de largo. Pensaron que ese no era su problema. No le vieron con ojos misericordiosos, no lo miraron con compasión, no se compadecieron de él. Compadecerse significa padecer con, implica sentir, sufrir con el otro, sentir sus dolores. El samaritano sí lo hizo, y por eso se acercó a ayudarlo.

Muchos ni siquiera hoy ven los dolores de los demás. Viven aislados, lejos de los rostros dolientes de los pobres, lejos de tanta miseria, tanta carencia, tanta vida desgranada y rota... Incluso han puesto barreras y murallas para no ver...

El educador cristiano ve al alumno golpeado, humillado, necesitado y no pasa de largo porque lo ve con ojos misericordiosos. Es capaz de escuchar e interpretar sus gritos de rebeldía, su supuesto desinterés, sus profundos silencios... Y se acerca a ayudarlo.

Ve y escucha y enseña a ver y escuchar con ojos y oídos de misericordia. Por eso, enseña la sensibilidad y la ternura, sin las cuales no es posible la solidaridad. En palabras de Peresson, "sólo cuando se llega a compartir la vida y el sufrimiento de los demás, puede surgir la verdadera solidaridad. El dinamismo de la verdadera solidaridad comienza cuando el otro deja de ser extraño y entra a formar parte de nuestra propia vida, de nuestros sentimientos y afectos". Tenemos que sentir el hambre de los otros como nuestra hambre, la falta de trabajo de los otros como nuestro desempleo, el fracaso de los demás como nuestra propia derrota. La educación a la solidaridad nace de un contacto vital con los más necesitados, con los alumnos más débiles, con los golpeados por la vida, por la miseria, por las carencias, por el desamor. Donde los demás pasan de largo, el educador cristiano se detiene, encuentra en el abatido y golpeado al propio Dios y corre en su ayuda.

Sanó sus heridas

La solidaridad no es sólo compasión, sino acción. Es servicio, ayuda eficaz para que el débil y golpeado recobren la salud y la vida. Por ello recurre a todos los medios a su alcance, utiliza las posibilidades del desarrollo científico y tecnológico para ayudar al mayor número posible de personas. Los educadores cristianos

debemos esforzarnos por hacer todo lo posible por sanar las heridas de los alumnos más golpeados, lo que implica mantenernos permanentemente actualizados y en búsqueda para poder realizar nuestra labor sanadora con mayor eficacia. Y trabajamos también por convertir los centros educativos en verdaderas escuelas de solidaridad, de ayuda mutua, de atención privilegiada a los más débiles y pequeños. Si no podemos cambiar el mundo, sí podemos imaginar cómo querríamos que fuera, y empezar a construirlo en nuestras aulas y en nuestras escuelas.

Para terminar, les ofrecemos este bellísimo poema de Monseñor Leonidas Proaño, quien fuera en su diócesis de Riobamba (Ecuador) un gran defensor y fiel amigo de los indígenas. El poema viene a ser un excelente resumen de lo que, con muchas más palabras y menos sabiduría, hemos tratado de decir nosotros.

SOLIDARIDAD

Mantener siempre atentos los oídos

Al grito del dolor de los demás

Y escuchar su pedido de socorro

Es SOLIDARIDAD.

Mantener la mirada siempre alerta

Y los ojos tendidos sobre el mar

En busca de algún náufrago en peligro...

Es SOLIDARIDAD.

Sentir como algo propio el sufrimiento

Del hermano de aquí y del de allá

Hacer propia la angustia de los pobres...

Es SOLIDARIDAD.

*Llegar a ser la voz de los humildes
Descubrir la injusticia y la maldad
Denunciar al injusto y al malvado
Es SOLIDARIDAD.*

*Dejarse transportar por un mensaje
Cargado de esperanza, amor y paz
Hasta apretar la mano del hermano,
Es SOLIDARIDAD.*

*Convertirse uno mismo en mensajero
Del abrazo sincero y fraternal
Que unos pueblos envían a otros pueblos
Es SOLIDARIDAD.*

*Compartir los peligros en la lucha
Por vivir en justicia y libertad,
Arriesgando en amor hasta la vida
Es SOLIDARIDAD.*

*Entregar por amor hasta la vida
Es la prueba mayor de la amistad:
ES VIVIR Y MORIR CON JESUCRISTO
LA SOLIDARIDAD.*

Bibliografía

Bazarra, Carlos (1999), *Muéstranos al Padre*, San Pablo, Caracas.

Burone, Leonel, (s/f), "El desafío de los predilectos". AVEC, Materiales de Apoyo, Documento 61, (mimeo).

Gebara, Ivonne (s/f), "El gemido de la creación y nuestros gemidos" y "Jesús desde una perspectiva ecofeminista", Ediciones El Pueblo, Caracas.

Martínez Munárriz, Ángel (2001), "Visión humana de la vida". Maracaibo (mimeo).

Peresson, Mario (1999), *Educación para la solidaridad planetaria*. Indo American Press y Librería Salesiana, Bogotá.

Pérez Esclarín, Antonio (1999), *Educación en el tercer milenio*. San Pablo, Caracas.

Pérez Gómez, Ángel I. (1998), *La cultura escolar en la sociedad neoliberal*. Morata, Madrid.

Sobrino, Jon (s/f), *Opción por los pobres* (mimeo)